

VISIONES DEL CAPITALISMO Y CONSECUENCIAS DE POLITICA

JAVIER IGUÍÑIZ E.*

1. INTRODUCCION

En este ensayo, nuestra intención es presentar diversas percepciones e interrogantes sobre el capitalismo en el Perú y extraer algunas consecuencias de política general que se podrían derivar de ellas.

Desde hace varios años la reflexión y discusión sobre la naturaleza de la realidad socio-económica peruana como unidad ha cedido el paso a una serie de estudios descriptivos o sobre la dinámica interna de algún componente parcial de ella. Todavía sigue predominante la preocupación por la problemática rural campesina que ha dominado largamente la investigación social de los últimos lustros pero adquieren creciente importancia los estudios sobre otros componentes de la realidad económica nacional. Esa importancia relativa está influenciada por diversas fuerzas entre las que tienen gran incidencia el financiamiento externo y las prioridades temáticas que se impulsan con su respaldo. Desde una preocupación ya relativamente antigua por el problema demográfico, y más recientemente en razón de la crisis industrial y de la de la capacidad del Estado para extender sus servicios a los nuevos contingentes que los demandan, han retomado importancia los estudios sobre los pobres de la ciudad y, en particular, sobre su capacidad para resolver necesidades que difícilmente serán satisfechas por el acceso al empleo salarial estable.

La relación capitalista de producción no ha merecido un interés equivalente de los investigadores sociales. La mayoría de los estudios provienen de una preocupación por la organización sindical. Por un tiempo, el tema de la industria fue secundario ante el de la producción primaria en gran escala en la que, además, lo principal no era su naturaleza capitalista sino el dominio

* Profesor del Departamento de Economía de la Pontificia Universidad Católica del Perú e Investigador de DESCO.

extranjero sobre ella. Hace poco, la industria se constituyó en centro de atención al postularse su capacidad de reemplazar al sector primario en la generación de divisas pero muy pocos trabajos de investigación fueron realizados sobre ese sector productivo y, más específicamente, sobre su supuesta potencialidad. En la actualidad, la preocupación por la industria es de tipo sectorial y responde a la necesidad de reordenamiento sectorial como consecuencia de las dificultades para importar insumos y maquinaria. Fue en respuesta a las reformas empresariales del Gral. Velasco que la naturaleza social de la producción capitalista se puso en el primer plano pero la investigación no profundizó en el asunto y pareciera que, por el contrario, se trata de olvidarlo. Algunas referencias críticas al capitalismo como opción para el país aluden, por ejemplo, a la dificultad para absorber mano de obra de manera salarial; pero la razón de ella proviene, a su vez, de la alta inversión necesaria por puesto de trabajo, característica que no es monopolio de la organización capitalista de la producción.

En general, nos parece que en la preocupación efectiva del investigador social, así como en la del político, ha predominado el problema de la integración nacional y el de la soberanía frente al capital extranjero. La cuestión de las clases sociales propias del capitalismo y de su incidencia en el funcionamiento de la economía nacional ha sido y sigue siendo de importancia relativamente menor (Iguíñiz, 1986a).

El desconocimiento actual sobre los grupos de poder propiamente capitalistas en el Perú es una expresión de este desdén. Las propuestas que afectan la organización social de la empresa propia del capitalismo están presentes en Izquierda Unida pero no han resultado de un movimiento social e intelectual que las coloque en los primeros planos de la discusión nacional. La postergación de un proyecto estrictamente socialista aún en los ámbitos radicales de la izquierda en el Perú confirma el status político del problema de las relaciones sociales de producción. El socialismo tiende a identificarse más bien con la presencia del Estado en la actividad financiera o comercial o con un capitalismo de Estado y no con la alteración de las relaciones sociales de producción propiamente dichas. El mundo rural, el imperialismo y ahora el de la actividad mercantil en pequeña escala parecen dominar el discurso político y/o la preocupación intelectual.

A nuestro juicio, lo anteriormente señalado puede tener diversas explicaciones pero en este trabajo nos interesa preguntarnos por la posibilidad de analizar el Perú como una unidad sin que esté en el centro del análisis alguna visión del capitalismo peruano o por la posibilidad de formular una alternativa global para el país sin que tenga que proponerse algún cambio específico y profundo en el mundo capitalista nacional. ¿Acepta una respuesta negativa la pregunta sobre si el sector capitalista de la economía es decisivo para explicar la dinámica del conjunto nacional? ¿Existe otra forma de organización de la producción que compita con la capitalista para determinar la jerarquía o por lo menos ordenar el análisis de la evolución de los otros sectores? Una

VISIONES DEL CAPITALISMO

posibilidad sería la potencialidad del capitalismo nacional como punto de partida para entender las tendencias fundamentales de la economía peruana. Sin embargo, también es posible reducir el valor de esta respuesta argumentando que la organización capitalista de la producción en el Perú no tiene un dinamismo propio y que sus pulsaciones son derivadas de las del capitalismo mundial y no de los impulsos internos a su propio desarrollo. En este caso, lo que terminaría estando en discusión sería la pertinencia de las relaciones sociales de producción en el país como punto de partida del análisis de la realidad nacional e incluso de su economía así como la necesidad de una transformación sustancial del capitalismo en el Perú como condición para lograr la integración de la sociedad peruana y la capacidad de poner en marcha un proyecto propio de desarrollo (Iguñiz, 1986c).

A pesar de que tendemos a considerar que la dinámica económica dominante en el país no puede ser explicada desde la contradicción fundamental del capitalismo existente en el Perú, esto es, desde el deterioro de la rentabilidad nacional que el propio proceso de acumulación pudiera generar, nos sigue pareciendo que no hay mejor punto de partida para el análisis de la dinámica económica, en lo que tiene de nacional, que reflexionar sobre y desde el capitalismo. La crisis actual no cambia esta apreciación pues es, ante todo, crisis del capitalismo aunque sea del capitalismo mundial.

Una visión más compleja, completa y profunda de la sociedad peruana nos llevaría a establecer que la peculiaridad del momento actual del país está determinada por la confluencia de esa crisis y de otra, a la cual ha contribuido el capitalismo pero que es distinta del conflicto de clases y que no es nuestro objetivo en este ensayo analizar. Nos referimos a la destrucción del orden socio cultural colonial tanto por el efecto integrador del proceso de acumulación hasta mediados de la década pasada como por su crisis actual. Lo que queremos sugerir es que la crisis social actual es, por ello, más profunda que la crisis de las relaciones sociales de producción capitalista, esto es, que la crisis de la relación entre las clases sociales propias del capitalismo en el Perú. Y ello, no sólo ni principalmente porque los asalariados son relativamente pocos en la población laboral peruana sino porque la crisis hace que se refuercen la frustración generada por los menores ingresos con una frustración cultural que tiene origen antiguo y que cambia pero que sigue vigente en el Perú. Tenemos la impresión de que el propio desarrollo capitalista ha atenuado y alterado esa frustración al despoblar el Ande y desenraizar a las familias, al despersonalizar las relaciones sociales y al desviar las aspiraciones hacia objetivos económicos e individualistas pero, al mismo tiempo, ha convertido esa frustración en masiva al juntar a la población en las ciudades, al extender la educación, al democratizar la sociedad peruana y al generar en las mayorías nacionales una concepción del progreso y de la dignidad en total ruptura con el status humano que el orden colonial sobreviviente todavía otorga a las mayorías nacionales en razón de raza, lengua y en general, cultura. Este aspecto de la realidad nacional que imprecisamente formulamos pretende sugerir la existencia de una

vieja, poderosa y compleja interacción y mutua influencia entre el capitalismo en el Perú y el orden colonial cuestionado en la práctica con la migración, la democracia y la lucha popular. No podemos penetrar con suficiente capacidad en este asunto por lo que vamos a mirar el capitalismo peruano desde las manifestaciones más evidentes y superficiales de su desarrollo. Primero recordaremos la conversión de gran parte de nuestra población en habitantes de la ciudad y de la Costa. Para avanzar más allá de los síntomas del cambio social ocurrido en el Perú vamos a poner sobre el tapete y discutir la conversión de un importante contingente de la población en clases sociales propias del capitalismo (relación salarial, competencia y acumulación del capital). Luego trataremos muy someramente, para la importancia que tienen, dos asuntos capitales para la explicación de la dinámica capitalista en el Perú: el capitalismo mundial y el Estado.

2. *DINAMICA ESPACIAL DE LA ECONOMIA PERUANA*

La visión del espacio peruano desde los criterios que provee el análisis del capitalismo da como resultado el reconocimiento de Lima como ámbito capitalista y el de las provincias como de menor densidad capitalista o como simplemente mercantiles (González de Olarte, 1982). Los requerimientos teóricos para que las diversas regiones del Perú sean calificables como estrictamente capitalistas son muy exigentes y con toda seguridad, no son cumplibles fuera de Lima. Por ello, entre una visión que busca definir la economía nacional como una agrupación de capitalismo regionales y otra que considera más real pensar en un solo capitalismo que se extiende con decreciente vigencia hacia las provincias, nos parece más adecuado escoger la segunda. Más aun si consideramos que la propia economía limeña constituye un capitalismo sin un dinamismo autónomo frente al transnacional.

La importancia del capitalismo en la dinámica espacial del conjunto de la economía peruana se percibe claramente al observar la evolución del asentamiento poblacional en el territorio nacional. La población se ha movido masivamente hacia las zonas dominadas por el capitalismo. A su vez, este ha aprovechado la presencia de los contingentes de inmigrantes para crecer con condiciones favorables en el mercado de trabajo. En cualquier caso, el capitalismo ha sido un polo de atracción para la población rural. Una plena comprensión del fenómeno de migraciones internas requiere también entender los factores de expulsión y aquellos que permitieron que ambos se conectaran. La crisis del sistema hacendario y la presión demográfica por un lado, y el desarrollo de los medios de comunicación masivos y del transporte barato y rápido por tierra por otro, contribuyeron al fenomenal cambio en la ubicación geográfica de la población en el Perú.

Sería simplista considerar que la atracción ejercida por la ciudad corresponde estrictamente a la presencia del capitalismo en ella. El fenómeno de migración rural-urbana tiene como explicación un complejo conjunto de facto-

VISIONES DEL CAPITALISMO

res que no pueden ser atribuidos al carácter capitalista del desarrollo industrial. En realidad, el proceso de urbanización no es atributo exclusivo del capitalismo aunque se haya desarrollado aceleradamente durante el predominio de tal sistema de producción. Lo que el migrante busca es, más que un nivel de vida, un tipo de vida y un conjunto de ingredientes que exceden lo económico y que incluso cuando son de ese tipo han sido a veces obtenidos contra la voluntad de los capitalistas y de la espontaneidad del mercado. El propio éxito del movimiento obrero debe haber ayudado a atraer población rural hacia las ciudades. En cualquier caso, el principal asunto de política que se deduce de lo anterior es la imposibilidad de revertir ese proceso y ruralizar de nuevo la población. Las variables económicas parecen tener mayor incidencia en la velocidad del proceso que en su dirección. Esto implica que un cambio de organización social de la producción no logrará revertir el proceso señalado. Estamos ante uno de esos fenómenos que expresan fuerzas más profundas que las de la economía. Sin embargo, la mera variación del ritmo migratorio tiene una importancia económica fundamental.

Es posible percibir con precisión la variación en el proceso migratorio y relacionarlas con la naturaleza cíclica del capitalismo nacional. El proceso migratorio se acelera o desacelera de acuerdo a la existencia o no de crisis en la industria, principalmente limeña. (Iguñiz 1983, Verdera 1985). El componente de las variaciones cíclicas del proceso migratorio que obedece a causas provenientes del mundo rural es menos sistematizable pues corresponde a desastres naturales o, como en Ayacucho, a la situación de guerra.

Tanto la tendencia de largo plazo como las fluctuaciones ponen de relieve la menor solidez del mundo rural respecto del urbano a pesar de la relativamente mayor resistencia económica de la economía rural a la crisis (Figueroa 1986). La gran crisis en la que estamos inmersos y la enorme disminución del nivel de ingreso en la ciudad han producido un reducidísimo movimiento de retorno. Ello revela que aún bajo condiciones de larga y profunda crisis económica urbana, el mundo rural no constituye un ámbito competitivo de mejora y diversificación de las condiciones de vida de la población. Ello implica que retener una mayor proporción de la población en el ámbito rural exige además de un aumento de la productividad agropecuaria y de una diversificación rápida de actividades con una política "masiva, coherente, permanente y selectiva" (Figueroa 1986), de una urbanización del mundo rural sea por concentración poblacional en determinadas zonas rurales sea por vinculación más geográfica y comercialmente más cercana entre el mundo rural y el urbano.

Lo señalado en el párrafo anterior pone en cuestión, o por lo menos relativiza, diversas propuestas de política sobre el mundo rural. Una de ellas es, por ejemplo, la política de desarrollo microregional en las zonas altoandinas alejadas de grandes núcleos urbanos. A los criterios de fondo, sin duda más precisables, enunciados arriba hay que añadir otros que refuerzan la necesidad de una reevaluación de la estrategia microregionalista. La baja productividad

relativa de muchas de las zonas altoandinas, con las excepciones microregionales e individuales del caso, la dispersión de las unidades productivas y de las parcelas al interior de cada unidad familiar, la lejanía de los mercados principales, las dificultades para la organización gremial, etc. colocan a estas zonas en inferioridad de condiciones frente a otras cuando el test propio de economías ya mercantilizadas (Figueroa 1981) es la capacidad de abastecer a otros y, en este caso, a las ciudades y no la capacidad de autoabastecerse. La existencia de pautas alimentarias transregionalizadas e incluso con componentes transnacionales recuerda la definitiva vinculación comercial y cultural del mundo rural y del mundo urbano.

Debemos añadir a lo señalado la desproporción en peso político y social entre la gran urbe capitalista e incluso las ciudades principales de provincias y las de microregiones altoandinas. La estrategia microregional implica establecer una contraposición entre los dos extremos del espectro económico y político. La capacidad comparativa de las microregiones para exigir recursos públicos es mínima y estas no serán capaces de mantener el dinamismo actual de las transferencias económicas una vez que la voluntad política o la presión de las ciudades por esos mismos recursos se agudice. Además, la gran ciudad no recibe de esas zonas del país una proporción comparativamente significativa de productos alimenticios. La presión propiamente económica que pueden realizar es relativamente pequeña. Por otro lado, la experiencia de lucha descentralista en los últimos lustros ha sido esencialmente urbano-provinciana con escasísima presencia campesina. La convicción descentralista en general es débil pero la de la población rural parece ser mínima. El contorno del mundo para el campesino pobre altoandino es, a la vez, más estrecho y más ancho que el regional pero no parece coincidir con los bordes de este. La migración temporal lleva al ejercicio de un gran salto desde la comunidad hasta alejadas zonas urbanas y rurales más que a lugares cercanos.

Por otro lado, el desarrollo rural comercializado está cada vez más relacionado al desarrollo urbano. Si a lo largo de la historia la norma predominante era la formación de las ciudades a partir del campo y de los cruces de vías de comercio de productos del mundo rural, el desarrollo actual parece invertir tal orden y convertir a las ciudades en creadoras de su propio ámbito rural. La necesidad de asegurar abastecimientos, de recibir productos homogéneos en calidad y maduración, de estar cerca de la producción de envases y de almacenes, etc. y la misma reducción de costos de transporte abogan por una agricultura a la medida de las exigencias de la ciudad y cada vez más estrechamente ligada a la agroindustria. Esto coloca en gran ventaja económica y política a la actividad agropecuaria cercana a los centros urbanos de importancia. Como además, históricamente, el establecimiento de tales ciudades correspondía a la existencia de una base agraria importante, se refuerza la capacidad de las ciudades para ampliar la potencialidad originaria.

El estrecho nexo entre el desarrollo rural y urbano "ennoblece" la base productiva de la ciudad provinciana al reducirse relativamente la base buro-

VISIONES DEL CAPITALISMO

crática que sustenta buena parte del dinamismo actual. Por otro lado, este nexo se constituye en más capaz, que cada componente por separado, de retener a la juventud rural educada y con deseos de diversificar actividades y crear puestos de trabajo de mayor productividad. Pero si las fluctuaciones en el ritmo migratorio desde el campo son relacionables al dinamismo urbano, la actividad agropecuaria es la única capaz de iniciar la solidificación definitiva de las ciudades provincianas dándoles una base productiva.

La organización social de la actividad agrícola en este contexto está abierta a diversas modalidades. Mientras que el reducido nivel de productividad en la mayor parte de las unidades agropecuarias impide la conformación de empresas capitalistas, en las zonas cercanas a las principales ciudades la facilidad o dificultad para ello depende de factores menos naturales como, por ejemplo, la fragmentación de la propiedad, la existencia de formas organizativas ya establecidas y eficientes, etc. Por ello, la vía capitalista no está cerrada en el campo peruano aunque su predominio lo esté para los sectores más alejados y atrasados en importantes zonas del país y su dominio de la escena agraria nacional en el futuro se constituya en buena parte dependiente de la opción socio-económica que triunfe en la lucha política. Por ejemplo, una liberalización del mercado de tierras implicaría la rápida formación de empresas capitalistas en casi toda la Costa, y el debilitamiento de los nexos comunales en los valles cercanos a las principales ciudades de la Sierra tendría el mismo fin.

Una perspectiva optimista sobre la potencialidad productiva del campo tradicional y pesimista sobre la capacidad de absorber mano de obra por parte del capitalismo (Figuroa 1985) lleva al planteamiento de que es posible, necesario y eficiente aunque no fácil, elevar la productividad del agro y retener una proporción mayor de trabajadores en la actividad agropecuaria. Frente a esta perspectiva surge la opinión de que el aumento de la productividad agrícola implica una reducción de la capacidad de absorber mano de obra en la propia actividad. Esto, junto a la enorme diferencia de productividades entre la agricultura y las actividades urbanas "tradicionales" por un lado, y la industria moderna por otro, ha llevado a postular la conveniencia de promover un flujo de personas desde los primeros sectores hacia el segundo (Wicht 1981). Este planteamiento se basa en una gran confianza en la capacidad exportadora de la industria manufacturera y en la consecuente potencialidad de crecimiento de la industria en general. Nuestros planteamientos al respecto (Iguñiz 1978, 1979, 1983a, 1984) tienen como uno de sus ingredientes el interrogante referido a la madurez competitiva de la industria nacional. Sobre esto trataremos más adelante pero debemos señalar que una propuesta basada en la existencia de capacidad ociosa obliga a un conflicto entre su uso para el exterior y su uso para el mercado interno. Cuanto mayor sea este último más rápidamente se agotará la ventaja que sirve para lanzar la ofensiva exportadora. Se hace por ello necesario postergar lo más posible la reactivación del mercado interno aún cuando se tenga éxito en la expansión de las exportaciones

y en la provisión de divisas a la industria nacional. Debemos recordar que en la argumentación pro secundario-exportador (Schydrowsky y Wicht 1977, Schydrowsky, Hunt y Mezzer 1983) es la abundancia de recursos de capital ociosos la que altera la balanza en favor de la competitividad de la producción nacional. En el fondo existe una opción positiva sobre el grado de madurez del capitalismo peruano y sobre su capacidad de competir internacionalmente y, por lo tanto, la convicción de que, desde incentivos comerciales, es posible desencadenar, en el plazo en el que se usa plenamente la capacidad instalada existente, un proceso ininterrumpido no sólo de crecimiento sino de desarrollo tecnológico y competitividad. La baja remuneración de los asalariados sería el otro factor generador de competitividad.

De ese modo, la visión que se tiene de la relación campo-ciudad y de lo que ella implica en términos de la ubicación espacial de la población peruana esta íntimamente vinculada a la opinión que se tenga del capitalismo en el país. Esto es el sistema de referencia y el que con su expansión o crisis parece determinar la dinámica espacial de la población peruana. Es la visión que se tiene de él que determina el acento rural o urbano de las propuestas y, dentro de la ciudad, el acento por el espacio fabril o por el artesanal.

Veamos este enfoque intraurbano del problema espacial. Al respecto, existe un punto de vista que pone el acento en el traslado de la población del mundo urbano tradicional o poco productivo hacia el núcleo industrial impulsado por la exportación manufacturera (Wicht 1981). El lugar dejado sería ocupado por los migrantes. La otra perspectiva intraurbana es la que llama la atención sobre la potencialidad empresarial del llamado sector informal. Sobre esto trataremos más adelante.

Las perspectivas de movimiento espacial intra-rural acentúan, en unos casos, la potencialidad de la Costa en combinación con el traslado de algunos cultivos a la Ceja de Selva y en otros, la potencialidad de una recuperación de los planos inclinados de la serranía por medio de la expansión de andenes. En esta última perspectiva la presencia del capitalismo es menor pues su desarrollo implica modalidades familiares y asociativas de propiedad. El aumento de la producción de ingredientes fundamentales de la canasta popular urbana como el arroz, palma aceitera y maíz en la Selva sugiere el inicio de una poderosa dinámica social, gremial y política de esa zona del país y lo anterior, más la crisis del azúcar y la parcelación, también hacen previsible un cambio en la evolución social de la Costa y en la ubicación territorial de la población peruana. En todo caso, al parecer, la tendencia consiste en un aumento de la densidad poblacional en el Norte del país. Analicemos a continuación la dinámica social.

3. *EL LUGAR Y LA IMPORTANCIA DEL ASALARIADO*

La visión más inmediata del capitalismo es la que pone su mirada en la estructura social. La existencia de clases sociales, capitalistas y asalariados,

VISIONES DEL CAPITALISMO

constituye una condición necesaria para considerar capitalista una sociedad. No es suficiente porque capitalismo no es sola ni principalmente una situación, es esencialmente un movimiento social que es dinamizado y, a su vez, dinamiza la producción. Es por ello, un movimiento socio-económico cuyo epicentro es la producción.

Aún así, la vigencia del capitalismo en el Perú debe ser mirada en primer lugar desde la presencia o no de las clases sociales que le son propias. Al respecto, es conocido que la formación de asalariados ha avanzado relativamente poco. En los momentos de mayor extensión la relación salarial registrada oficialmente involucró al 41% de la PEA nacional. Ese porcentaje, nos lo recuerda Adolfo Figueroa en una ponencia para este seminario, es cercano a la mitad del característico en países industrializados. El capitalismo no ha dominado directa o plenamente, esto es, con su manera de organizar la empresa, célula fundamental del tejido social, amplios sectores de la actividad económica de la población nacional (Yépez y Bernedo 1985, Sulmont 1979).

Esa cobertura, sólo parcial, tiene en sí misma múltiples implicancias de política. El concepto de sociedad basado en la relación capital-trabajo, esto es, en su unidad y conflicto, en la institucionalización de esa relación lograda en otras realidades, en la representatividad social de la lucha de los sectores líderes tanto de la burguesía como del proletariado, en la relevancia para el conjunto de la sociedad de políticas dirigidas directamente a influir salarios y ganancias, etc. tiene importantes limitaciones. Pero además también las tiene la imagen de cambio social que establece como objetivo suficiente la transformación de la relación salarial al interior de la empresa fabril o el cambio de sistema de propiedad capitalista vigente por uno estatal o autogestionario. La base social de la realidad económica peruana obliga a incorporar en lugar destacado otras formas de organización económica y a las propuestas de cambio otros aspectos fundamentales distintos al cambio de la relación social capitalista de producción y del mundo cultural que emerge de ella.

Sería engañoso, sin embargo, quedarnos en un criterio de evaluación que parta del número de personas involucradas. Aún desde la situación señalada, el peso económico relativo de las distintas partes es muy diferente que el peso demográfico. La diferencia de productividad entre el sector salarial y el no salarial en el Perú es muy grande y con ella la diferencia en la capacidad de producir "para otros". En un sistema mercantilizado como el peruano la productividad es poder, en primer lugar, porque el trabajador más productivo está vinculado institucionalmente a una capacidad de abastecer de productos necesarios a muchos consumidores mientras que el menos productivo, aunque comercialice su producción, tiene una vinculación a medios de producción que le permite sobrevivir utilizando todo el valor agregado. Hay un poder de mercado derivado del derecho que tiene el asalariado a esgrimir su capacidad de generar productos para muchos o de interrumpir esa producción. Ese poder se eleva en una situación en la que además de producir mercancías para muchos otros, genera plusvalor para el capitalista. A este le interesa ese plus-

valor y para lograrlo depende del asalariado que utilizará esa dependencia para hacer valer sus intereses. La estabilidad laboral en el centro de trabajo, en cualquier medida que se la logre y por las razones que sea, es fundamental para que el individuo trabajador pueda esgrimir su vinculación a los medios de producción más eficaces como herramientas de poder ante el resto de la sociedad pero, como es obvio, más directamente ante el capitalista que tratará de debilitar esa vinculación y la fuerza que emana de ella, para reducir salarios y elevar ganancias. El lugar y peso social del asalariado es más importante que el que se deriva de su número a condición de que haga valer esa vinculación como recurso de poder. La política económica haría mal si tomara en cuenta el factor demográfico como decisivo para el diseño de medidas. El significado productivo del asalariado es obviamente importante para lograr efectos económicos apreciables a partir de la influencia sobre pequeños núcleos empresariales y laborales.

Pero también existe una relación de liderazgo y poder entre los trabajadores asalariados organizados y los demás trabajadores tanto asalariados como no-asalariados como consecuencia de la alta valoración del status de asalariado estable por muchos trabajadores. En una economía dinámica la perspectiva de empleo y bienestar futuro es imaginada por muchos en base a los logros de estabilidad, nivel de ingresos, protección para la ancianidad, etc. que han sido conquistas del trabajador salarial y que no son compartidas por el trabajador independiente. Las desventajas de la sumisión laboral han sido reducidas por la organización y la lucha sindical al combatirse los elementos de feudalidad propios de la relación salarial en el mundo oligárquico. La segmentación de la sociedad peruana y del mercado de trabajo reduce la capacidad del empresario de imponer regímenes de opresión aguda en el estrato fabril y la existencia de un sector primario proveedor de renta diferencial y de un Estado protector del mercado interno hacen posible la atenuación relativa del conflicto social capital-trabajo respecto del que existiría de estar sometidas las empresas a la competencia internacional. Pero además la base social propiamente salarial es más amplia que la perceptible desde las estadísticas oficiales. La asalarización eventual en el sector fabril y las múltiples formas de semi-asalarización propias de la actividad en pequeña escala y con reducida intensidad de capital constituyen mundos donde los derechos conquistados por la clase obrera se hacen sentir aunque no sea más que por su ausencia.

La gran crisis actual cambia esta situación en varios aspectos fundamentales. La base social del sector salarial líder se reduce drásticamente revelándose otro aspecto fundamental de la relación salarial en el Perú cual es su debilidad interna. Podría ocurrir que la proporción de asalariados en la PEA fuera mucho más pequeña que la actual pero a la vez la clase obrera más fuerte por estar vinculada a actividades capaces de resistir la competencia internacional directa o las dificultades impuestas desde el Estado para adecuar el dinamismo interno de la producción a las exigencias de la división internacional de la crisis. En este problema, la ventaja comparativa de la industria nacional res-

VISIONES DEL CAPITALISMO

pecto de la actividad productiva no salarial es irrelevante. En última instancia, la fortaleza económica de la relación social capitalista en el Perú depende en el mundo de hoy de su capacidad de competir con el capitalismo foráneo. La protección nacional a esa relación puede postergar la aplicación de ese "test" de fortaleza pero no puede evitarlo definitivamente. De hecho, la política económica de ajuste recesivo es, con distinto grado de transparencia, (Iguitián, 1986) una manera de desnudar la estructura productiva peruana ante las fuerzas de la competencia internacional. De ese modo, las ramas en crisis a nivel mundial tenderán a ser las ramas en mayor crisis en el Perú y la competencia internacional dentro de una rama tendrá más impacto que en el pasado sobre las empresas peruanas de esa misma rama. El significado económico de "nacional" se reduce.

Por esa razón es que el asalariado más resistente a la crisis es el de los sectores más competitivos internacionalmente, por ejemplo, el de la gran minería (que además amortigua la crisis por medio de un efecto-precio que afecta menos el empleo), y que el menos resistente y más desmoralizado sea el de los sectores menos competitivos como por ejemplo, el metalmeccánico. Mientras no se logre un desarrollo industrial capaz de generar iniciativas tecnológicas de significación internacional, lo que la clase asalariada gana en razón de su creciente número lo pierde como consecuencia del deterioro en la venta absoluta (que es siempre en relación a la economía mundial) de la producción capitalista nacional. En otros términos, menos teóricos, el proletariado peruano anterior a la industrialización contemporánea, aún siendo mucho menor en número, era más fuerte para resistir la crisis que el más amplio y aparentemente más poderoso proletariado de la década pasada. En el extremo, la debilidad de la nación como entidad protectora haría que la transmisión internacional de la crisis operase sin mediaciones y dominase la situación relativa de las unidades productivas "nacionales" vis a vis las unidades productivas de otros países. En otros términos, con la crisis, el proletariado industrial peruano es en mayor grado el asalariado de una determinada rama de producción a nivel mundial que el asalariado de un país. El Perú como voluntad autónoma, determina relativamente menos su situación y la dinámica competitiva específica a la actividad en la que trabaja influye relativamente más. Del mismo modo, su lugar nacional, en términos de poder, ingreso, etc. es relativamente menos importante que el lugar de la empresa en que labora en el ranking transnacional de competitividad. La política económica de ajuste recesivo, ya lo hemos señalado, transnacionaliza la relación salarial; la pone más frente a frente que nunca con las relaciones salariales de los países industrializados. Es evidente que es en estos donde el empleo se mantendrá más sólido, donde el capital destruido será menor y donde el nuevo capital creado, con ayuda del Estado, mayor. El porcentaje de asalariados en el Perú se redujo de la cifra mencionada arriba a un 330/o. Esta reducción no expresa lo ocurrido en el mundo semisalariado sobre cuya dinámica no hay información pero aún así tiene gran trascendencia para la visión del capita-

lismo peruano y para las políticas que se deriven de ella. Las limitaciones de la política económica que resultan de la escasa implantación del asalariado se agravan y se hacen más pertinentes ante esta desalarización.

Pero si la fortaleza de la relación salarial es menor como consecuencia de lo anterior, esa misma fortaleza y la que de ella deriva para el propio asalariado se debilita también al ser menos factible objetivamente el mantenimiento de los lazos que vinculan al trabajador con sus medios de producción. Como sabemos, la libertad propia del orden capitalista libera al trabajador de la posesión de medios de producción propios y libera al propietario de estos de toda responsabilidad frente al destino personal del asalariado. La reacción natural de la empresa capitalista a la crisis es reducir costos y para ello, es necesario convertir el máximo porcentaje de ellos en costos variables. Esta peculiar racionalidad ha logrado que la libertad esté vinculada a una precariedad socialmente construida de la vida humana y, además, establecida como condición de progreso. El liderazgo del asalariado, en la medida en que proviene de esta capacidad de hacer respetar la vinculación lograda con los medios de producción más eficaces del país, se debilita. Es normal que, bajo estas circunstancias, sectores capitalistas arrecien su campaña contra la estabilidad laboral. El recurso al desempleo se estimula por la reducción de la demanda, y ésta es un motivo legítimo, dadas las reglas de juego, por lo que la debilidad laboral de los asalariados es mayor.

Además, la solidez de la relación salarial se debilita porque las relaciones sociales se hacen más opresivas bajo la tensión de la crisis y porque el decrecimiento económico reduce las expectativas de los no-asalariados sobre la obtención de empleo salarial y sobre el modo de vivir de los asalariados. Los sectores laborales en mayor crisis empiezan a perder derechos adquiridos y a comparar más favorablemente el status de independiente frente al de asalariado. Sobre este status y este mundo trataremos más adelante a propósito de la discusión sobre su potencialidad de acumulación.

Esta visión "transnacionalista" y el acento en algunos de los rasgos esenciales del capitalismo peruano y, sobre todo, la interpretación de la crisis como transnacionalización de sus relaciones sociales tiene importantes implicancias de políticas y contrasta con aquellas que se pueden derivar de una visión "nacionalista" del capitalismo peruano. Una de ellas es, obviamente, la necesidad de considerar en un lugar destacado del diagnóstico de la situación económica el sitio del Perú en la productividad mundial y no sólo ni principalmente el tamaño de su comercio con el exterior. Una alta productividad no implica necesariamente tener una economía comercialmente abierta como es evidente de la mera observación de los diferentes países industrializados. Se trata, para efectos de la reflexión que nos ocupa, de tener una sólida organización social capaz de desarrollar las fuerzas productivas y apoyada en ellas. Que esta pueda ser capitalista en el Perú o que pueda ser no-capitalista es un asunto abierto al futuro. Las dificultades para que sea capitalista son de distinta naturaleza que aquellas existentes para que empresas no ca-

VISIONES DEL CAPITALISMO

pitalistas alcancen y compartan el liderazgo productivo y creativo internacional. En cualquier caso, proteger al trabajador de manera eficaz supone ir mucho más allá de las políticas de ingresos, de las de protección del mercado o de las de reactivación productiva. Para decirlo quizá más exactamente, supone poner todas estas y otras políticas al interior de un proyecto de largo plazo en el que la protección de la economía nacional llegue a descansar en la capacidad creativa de los trabajadores del país.

El reto consiste justamente en adquirir una ciudadanía económica internacional sin los costos propios del proceso capitalista. Es necesario proteger al trabajador en sus condiciones de vida, en el proceso de trabajo, en su derecho a la participación. Obviamente, es necesario proteger el empleo. Sin embargo, si todo eso no viene acompañado y es parte de una política que, al mismo tiempo, convierte a esos trabajadores en creadores de nuevos productos y de mercancías más baratas, el destino de los trabajadores peruanos es la migración masiva tras soportar durísimas condiciones de vida y de trabajo. Resultará evidente que llegar a la situación de creatividad postulada supone grandes cambios en el nivel cultural general de las mayorías, opciones de actividad distintas de las estrictamente productivas pero coadyuvantes con el proceso de producción, una muy reducida burocratización y una amplia promoción de la iniciativa individual y asociada, acceso y apertura a las innovaciones de otros países junto a una profunda compenetración con la naturaleza y la cultura nacionales. Hay que añadir necesariamente códigos de conducta propios y originales que suelden relaciones sociales con el menor conflicto posible.

Esas nuevas relaciones sociales tienen que ligar no sólo los distintos niveles jerárquicos de las unidades productivas sino también a los trabajadores vinculados a ellas con los trabajadores que operan bajo otras condiciones sociales de la eficiencia productiva así como las sanciones que correspondan a la ineficiencia. Democratizar el acceso a los núcleos más productivos de la economía será condición para que no se gesten nuevos grupos de poder que mantengan estructuras sociales de desigualdad. Pero la economía no es ni puede ser un subconjunto autosuficiente, base de una sociedad con valores y normas propias y distintas de las de la política, la religión, etc. Lo señalado en este ensayo o cualquier variación en el mismo plano será insuficiente y quizá errado para proponer un curso alternativo al país.

La necesidad de introducir consideraciones de carácter utópico en la reflexión sobre el futuro de las relaciones sociales proviene del agotamiento de la opción salarial como opción general en un país como el Perú y, por otro lado, de la inevitable presencia de esa opción aún en un contexto denominado socialista. Las pistas de originalidad enrumban hacia la alteración de las relaciones sociales capitalistas, hacia la convivencia de esas relaciones reformadas con otras y diversas pero también hacia un ámbito cultural y, específicamente, por ejemplo, de relación entre la economía y la política que convierte a esta última en instrumento de regulación económica. La separación tanto real como pretendida entre economía y política, economía y moral,

economía e identidad nacional, etc. no es compatible con el parcial alcance de las relaciones sociales de producción capitalista y con el escaso desarrollo de las fuerzas productivas. En el Perú será menos superable que en otras economías, incluidas algunas cercanas como las del Cono Sur. La visión de la economía que pretende encontrar en ella misma (por la competencia y el cambio técnico exigido por ella) sus fuentes de expansión social, de potencia productiva y de legitimidad es insustituible pero es claramente incompleta. La economía tiene que ser también y explícitamente creada desde la moral, desde el patriotismo, desde la convicción democrática, desde el proyecto de sociedad. No podemos esperar que la economía produzca una sociedad, que el movimiento social se asiente en ella y reciba de ella sus objetivos, que la despersonalización reemplace la solidaridad debilitando los nexos entre personas como sucede en las sociedades donde las clases son sólo socio-económicas y de esa manera que el Perú se vuelva viable. La solución a la transnacionalización de la economía y de las clases sociales capitalistas no está en la economía, está más bien en superponer sobre ella otros criterios de acción y de valoración: éticos, políticos, étnicos, de una nueva cultura.

3. *ESCASEZ DE OPORTUNIDADES O CARACTER DEL CAPITALISTA*

Es evidente que la mera enumeración cuantitativa de la amplitud de las clases sociales es insuficiente para caracterizar un sistema social. Este puede estar en proceso de desarrollo o de declive. Los sujetos propios de tal sistema pueden estar adquiriendo poder o perdiéndolo relativamente a otros en crisis o expansión. Una manera de cuestionar la pujanza del orden social capitalista en el Perú ha sido discutir sobre el carácter del capitalista peruano. Tiene amplia vigencia la opinión de que ese capitalista no tiene las características del capitalista de los países industrializados, entre ellas, su agresividad competitiva, su predisposición a asumir riesgos, etc. Pero existen también planteamientos que atribuyen el escaso dinamismo empresarial a factores independientes de esos rasgos. Finalmente, es posible explicar dichos rasgos a partir de factores estructurales con lo que dejan de ser la variable independiente del argumento.

Una visión relacionada al escaso dinamismo de la inversión (Iguñiz 1983a) así como a la reducida actividad innovadora en el Perú (Vega Centeno 1983) es la que pone el acento en la ausencia de oportunidades de inversión rentable. Una de las variantes de este planteamiento es la que sostiene, en relación principalmente al sector primario, que existe un agotamiento de recursos naturales explotables y posibles de exportar con beneficio (Thorp y Bertram 1985). En esta visión, la explotación de recursos naturales tiene como límite el haber agotado los yacimientos previamente descubiertos, los recursos del mar previamente conocidos y las reservas petroleras. En este caso, el límite es externo a la voluntad y naturaleza de los capitalistas sobre todo si es que la razón de esas limitaciones es natural. La consecuencia de política

es obvia, se trata de incentivar el descubrimiento de nuevos recursos extraíbles. Esta perspectiva del problema es parte de una visión del dinamismo de la economía peruana a largo plazo como dependiente de las exportaciones; por ello, esta restricción natural tendrá un efecto fundamental y de largo plazo sobre toda la economía.

Una segunda restricción a la acción del empresario capitalista es la que provendría de la presencia del capital extranjero (Thorp y Betram 1985). La tesis básica es que la inversión directa extranjera en el Perú habría tenido un comportamiento reemplazante y no complementario y, menos aún, estimulante de la inversión nacional. Esta visión del problema corresponde con otra que afirma que el ahorro externo ha sustituido al ahorro interno en el Perú. Estas relaciones de sustitución no son en realidad del todo independientes del carácter del capitalista nacional pues en varios casos importantes la venta de capital al extranjero no era una necesidad tecnológica y tampoco financiera. En otros términos, se sostiene que podían haberse resistido las ofensivas del capital extranjero. En este enfoque se supone que existía de todos modos un cierto stock de oportunidades por lo que la entrada del capital foráneo era incompatible con la presencia del nacional. En este caso la obvia consecuencia de política consistiría en volver a reemplazar el capital extranjero por el nacional donde la potencialidad de este no ha desaparecido.

Sin embargo, este reemplazo no es sencillo y ni siquiera sería seguro si el medio fuera un cambio de propietarios. La asociación entre el capital extranjero y el nacional es multiforme (Durand 1982) pero firme (Quijano 1972, Cotler 1978) y la capacidad de este para valerse por sí mismo es altamente dudosa. El capital nacional está principalmente vinculado a actividades donde se requiere poca innovación tecnológica y los mercados son de crecimiento vegetativo.

El tercer factor que se presenta como restrictivo es el Estado. Sobre este factor trataremos más adelante con cierto detalle pero en este acápite resulta pertinente ennumerar las diversas maneras de establecer esta relación restrictiva. Una de ellas coincide con lo señalado a propósito del capital extranjero. La diferencia residiría en la manera de apropiarse (empresas en quiebra, expropiación, etc.) del capital privado pre-existente. Otra variante es la que atribuye al Estado un rol desincentivador, consecuencia de su vocación controlista y de la excesiva legislación. Una tercera manera de ver el problema consiste en poner en el escenario la naturaleza improductiva de buena parte de la actividad estatal y, en consecuencia, la reducción de la capacidad de convertir el plusvalor generado en ahorro y acumulación en el Perú.

Más en el corto plazo, la restricción más mencionada es, sin lugar a dudas, la escasez de divisas. Al respecto, no debe aceptarse esta caracterización como externa a la economía peruana. Después de todo, es consecuencia principalmente de la reducida competitividad de dicha economía. Incluso puede endogenizarse esta restricción estableciendo algún nexo, por ejemplo el postulado por los neoliberales entre el reducido dinamismo del sector primario

y los privilegios de protección recibidos por el sector industrial.

Si se afirma la existencia de un capitalista "naturalmente" incapacitado para acumular es principalmente a partir de ciertos fenómenos observables o registrables como la escasa inversión e innovación mencionadas. También se pone de relieve el enorme componente de la utilidad empresarial que se consumiría (Amat y León 1977). A lo anterior se añade una visión de ese empresario en la que se lo percibe como prolongación, sea del orden oligárquico, cosa que se ha demostrado sólo parcialmente correcto (Ludmann y Valderrama 1979, Durand 1982) o del Estado burocrático. En el primer caso, la suntuosidad y el gusto "por la buena vida" y, en el segundo, la adopción de una mentalidad burocrática serían los causantes de la escasa pujanza empresarial. En este último caso, el Estado habría corrompido con sus políticas y su protección el espíritu capitalista del empresario nacional. Más específicamente, se ha señalado que la creación de barreras a la entrada para el Estado, la garantía en el abastecimiento de insumos por razones políticas, la responsabilidad del Estado en la calidad y precio de insumos, en el mantenimiento de la demanda interna de ciertos productos, en el establecimiento de controles de calidad, peso y precio sobre el producto final hacen ciertamente a algunos sectores empresariales poco más que pasivas correas de transmisión de la política del Estado.

Buena parte de los técnicos que proponen política antiproteccionista tienen esa concepción del empresario nacional privado. Los que ensalzan al sector "informal" como expresión de un nuevo capitalismo también tienen esa imagen del empresario fabril. En el primer caso, el disciplinario indispensable es la competencia externa; en el segundo, el informal. Si el planteamiento liberal es completo, el capitalista local debe ser sometido a las dos competencias a la vez.

A esta visión del empresario capitalista contribuye también la enorme proporción de las empresas fabriles manejadas todavía con criterios familiares y no de manera impersonal y moderna. La renuencia a participar en la Bolsa de Valores sería una expresión de este estilo de manejo empresarial. En estos casos, la gama de políticas pasa por las fórmulas de accionariado difundido, por la educación de los empresarios, por el rápido paso de las empresas a la nueva generación, etc.

Frente a ambas perspectivas, aquella que establece los límites de la acción empresarial fuera de la naturaleza de los mismos empresarios capitalistas y la que propone una explicación del comportamiento capitalista a partir de su personalidad y cultura, es posible relacionar de diversas maneras ese comportamiento y personalidad con la naturaleza estructural de la economía peruana. Una de ellas consistiría en recordar la existencia de una significativa renta diferencial internacional e interna derivadas de la alta calidad de algunos recursos naturales de exportación y de la gran dispersión de las productividades dentro del país y, más específicamente, dentro de cada rama de producción. Estos factores son previos a otro factor como es la organización oligo-

VISIONES DEL CAPITALISMO

pólica de la economía que a su vez, pero sólo en ese contexto de rentabilidad diferencial, se convierte en expropiador de excedentes de pequeños productores y no en su destructor. La renta diferencial ha permitido al Estado obtener recursos que a su vez han posibilitado subsidiar al empresario capitalista de diversas maneras y suavizar las relaciones entre el capital y el trabajo asalariado permitiendo aumentos salariales por encima de los de la productividad. La combinación de esa renta y de la protección demandada por el desarrollo urbano y democrático ha hecho vivir al capitalismo peruano una experiencia excepcional. Podría haber ocurrido que las divisas se utilizaran para importar bienes finales o por el contrario que la protección cerrara a la competencia mundial una economía pobre. Lo que hemos tenido en los lustros anteriores a la crisis es una economía protegida y, a la vez, con divisas y con recaudación fiscal. La protección en el Perú no fué resultado de la reducción de la capacidad para importar. La gran minería, la pesca, la mejora en los términos de intercambio y el endeudamiento externo han generado el ambiente más permisivo posible durante los 25 años anteriores a la crisis. Esta es también la situación que ha cambiado irremediamente.

En estas circunstancias, el problema de fondo no estaría en la ausencia de reglas de juego sobre el funcionamiento del mercado o en su inestabilidad. Por el contrario, el ámbito rentista y protegido hacia afuera, y el Estado concesivo convertirían el mercado interno en demasiado estable y garantizado y a las ganancias en demasiado seguras. Los cambios políticos hasta el comienzo de la crisis han sido crecientemente protectores y, al fallar la capacidad exportadora, los gobiernos de Belaunde y Velasco recurrieron al endeudamiento que prolongó la expansión del mercado interno unos años más.

El problema nos parece que se encuentra en una combinación de circunstancias que le quitan legitimidad moral al capitalismo como sistema y seguridad sobre su propia misión al capitalista. El capitalismo encuentra en el Perú y contribuye a formar una sociedad que de manera acelerada y generalizada recoge los ideales de progreso material e individual que están a la base de su expansión madura actual pero que durante su fase de acumulación primitiva estaban concentrados en grupos restringidos de la sociedad o pudieron postergarse en muchos países por la miseria y la sumisión producto de las guerras, por el aislamiento cultural respecto de Occidente, por la masiva represión política o por alguna combinación de ellas. En el Perú, la sociedad mantiene aspiraciones de progreso inmediato que ninguna de estas circunstancias ha atenuado y que, por el contrario, son exacerbadas al imitar las pautas de consumo de los países industrializados (Prebisch 1981) y relacionar estrechamente la autovaloración del individuo con el nivel y diversidad del consumo. Sin embargo, el proyecto capitalista de desarrollo exige un nivel de miseria y de inseguridad para las mayorías que está en directa confrontación con su imagen de felicidad y de dignidad humana. El capitalismo peruano no puede proponer un mundo de austeridad material y felicidad humana. Por eso no puede formular un proyecto democrático y civilizado de acumulación para

el país.

Pero, además, tampoco puede proponer un proyecto nacional. El capitalista, a partir de cierta escala de operaciones es sumamente propenso a pensar como transnacional. Esto podría ser incluso una ventaja si esa clase social en el Perú tuviera una profunda raíz nacional, pero el desdén hacia el pasado y el mundo indígena, y la cercanía cultural a las diversas metrópolis reducen su personalidad nacional. La pobrísima defensa de sus intereses frente a la política fondomonetarista es reveladora de la fragmentación de intereses contrapuestos y de la importancia de quienes no dependen del mercado interno para progresar. La dependencia ideológica de concepciones liberales a ultranza acentúa el rechazo al Estado, del cual dependen para sobrevivir, y ante el cual se dividen para lograr beneficios individuales. Esta falta de proyecto profundiza la inseguridad empresarial capitalista sobre su rol en el Perú de hoy, lo retrae a su propio mundo particular, lo debilita como protagonista nacional.

El concepto de propiedad, en consecuencia, está desvinculado de la responsabilidad social y nacional. La sociedad peruana es para el sector propietario cada vez más cercana y cada vez más ajena; el país, un buque a la deriva que quizá hay que abandonar. Pareciera que, en el fondo, incluso el nexo entre propiedad y ganancia fuera menos importante que el existente entre propiedad y status social, entre propiedad y consumo, entre propiedad y autoridad exclusiva en la empresa. Ciertamente, la desvinculación entre los propietarios y la empresa que la contabilidad recuerda y que la despersonalización del capitalismo promueve, no está muy desarrollada. La visión de la propiedad es familiar y pertenece, por ello, al ámbito de lo íntimo, de lo que protege de ser parte del resto de la sociedad. La resistencia a la Comunidad Laboral es por esa razón más profunda que la que existiría en un contexto más moderno y despersonalizado. Pero esa misma tradicionalidad hace de la propiedad capitalista una realidad acorralada por las demandas sociales expresadas directamente o a través del Estado. De ahí la dificultad entre propiedad capitalista y democracia. Esta exige demasiado y cada vez más y más urgentemente a aquella. Acabada la bonanza basada en renta diferencial y la capacidad estatal de conceder a las demandas de la estrecha clase media urbana de los 50s y 60s, el blanco de las crecientes y entre angustiadas y agresivas miradas de la "nueva" sociedad peruana está en todos aquellos sectores que le han dado a la propiedad el carácter que le quita justificación y legitimidad moral. En un país como el Perú, donde las juventudes populares han bebido de las aspiraciones de igualdad y no lograr generar independientemente los recursos para su propia supervivencia familiar y progreso, la tendencia a formular y a luchar por esquemas fuertemente redistribucionistas del ingreso pone en cuestión el predominio de la racionalidad capitalista en la economía nacional y, en consecuencia, el rol de la propiedad privada de los medios de producción en gran escala. La tradición del reformismo peruano que se fija en la propiedad tenderá a consolidarse en el contexto de la confrontación entre ca-

pitalismo y democracia.

4. *INNOVACION TECNOLOGICA Y SUBDESARROLLO*

Si el capitalismo es movimiento y no sólo situación, la innovación tecnológica, la reducción de costos y precios son sus principales instrumentos dinamizadores. Junto a ellos, la creación de nuevos productos expande el ámbito en el que la lucha competitiva tiene lugar y en el que esos instrumentos operan.

Los estudios sobre el desarrollo tecnológico nacional y su relación con el capitalismo en el Perú están básicamente en sus inicios. En lo avanzado, existe consenso en que la competencia por medio de la reducción de costos es de menor importancia comparada con la observable en los países industrializados. La capacidad de introducir nuevos productos es menor todavía. (Vega Centeno 1983). La heterogeneidad tecnológica que se expresa en la existencia de una yuxtaposición de capas tecnológicas y en el lento desplazamiento de las más antiguas no corresponde exactamente con la separación entre el estrato fabril y no-fabril de la economía. La heterogeneidad parece iniciarse dentro del propio mundo "moderno" y revela una importante diferencia con el proceso de innovación tecnológica en los países industrializados. La línea demarcatoria entre el capitalismo entendido como sistema de creatividad destructiva y el observable en el Perú parece empezar dentro de las propias fábricas. Ello nos remite nuevamente a la discusión sobre el carácter del comportamiento empresarial y sobre el de los empresarios mismos y relativiza las visiones que perciben la presencia del capitalismo recurriendo sólo a la existencia o no de sus clases sociales. Estrictamente, no estamos por lo tanto, sólo ante una diferenciación de productividad y costos dentro de una rama sino en la heterogeneidad tecnológica intra empresa (Vega Centeno 1983). Esta situación tecnológica corresponde con lo señalado anteriormente a propósito del carácter del empresario y del ámbito rentista y protegido en el que ha operado. Por otro lado, nos revela que el paso hacia la generación de plusvalor relativo y, de ese modo, al pleno capitalismo no ha sido completamente dado. Una investigación más completa, abarcando más empresas y sectores, sería necesaria para confirmar algunos primeros resultados que sugieren lo señalado.

La discusión podría girar en torno a las razones por las cuales el cambio tecnológico es del tipo denominado "menor". A este respecto surge nuevamente la necesidad de poner sobre el tapete la relación entre los comportamientos y sus condicionamientos estructurales. No debería ser muy difícil comprobar que la brecha tecnológica no se cierra y que, por el contrario, en momentos como el actual, de gran creatividad mundial, estamos rezagándonos relativamente al mundo capitalista.

Un asunto que merece mayor análisis que el realizado hasta ahora es el referido a la innovación tecnológica en el mundo de la pequeña empresa. La potencialidad del llamado sector informal para generar en su interior algunos

núcleos de innovación tecnológica y, a partir de ella, nuevas relaciones sociales de producción no ha sido mostrada hasta el momento. Más adelante volveremos sobre este asunto. Por otro lado, la experiencia del mundo rural andino no parece presentar hasta ahora una gran capacidad para lograr un nivel de innovación tecnológica y de aumento de productividad que dé lugar a un cambio más o menos masivo de relaciones sociales de producción. Al parecer, la pobreza de la base natural no permitiría un cambio social masivo hacia relaciones capitalistas (Caballero 1981). Los diferenciales de productividad existentes en el campo andino revelan potencialidades todavía no explotadas de aumento de productividad promedio (Figuroa 1986) pero estas, de desplegarse, servirían más para consolidar un campesinado que para el cambio de esas relaciones. La mayor potencialidad rural en lo tecnológico parece expresarse en la Costa cercana a Lima y hacia el futuro sobre todo en el Norte donde el cambio de cultivos, la cercanía de crecientes mercados urbanos, el creciente nivel educativo del mundo rural y las excepcionales condiciones climáticas y de suelo posibilitan un salto significativo en la tecnología agrícola.

5. CAPITALISMO E INFORMALIDAD

El interés por la llamada informalidad ha puesto sobre el tapete el problema de la potencialidad del capitalismo en el Perú. Según algunos estaría surgiendo un nuevo, y auténtico, capitalismo nacional a partir de la experiencia observable en el mundo informal (ILD). Los estudios que sostienen esta afirmación no han sido presentados todavía pero hay diversas investigaciones que ponen en duda la potencialidad de ese capitalismo popular para alterar el dinamismo global de la economía peruana.

La evidencia disponible es fragmentaria pero las mejores encuestas realizadas, entre ellas las del Ministerio de Trabajo, permiten establecer los órdenes de magnitud de la realidad informal y su composición. En primer lugar, la magnitud total de la producción de este sector es reducida; una estimación al respecto (Carbonetto 1985) señala que su aporte al PBI es de 7.00/o. En segundo lugar, la calidad de este porcentaje es en cierto sentido menor que la de la economía nacional en su conjunto. Más de la mitad está constituida por actividades comerciales y, por tanto, no productivas. Además la productividad de las actividades estrictamente productivas es generalmente mucho menor que la propia en el sistema fabril. En tercer lugar, las empresas propiamente capitalistas son muy pocas pues la mayor parte de las unidades productivas son unipersonales o incorporan dos o tres personas. En cuarto lugar, las actividades productivas están concentradas en muy pocas ramas de la actividad de transformación; básicamente confecciones, calzado, reparaciones. No es por ello un fenómeno general a la industria; es, más bien, sectorial. En quinto lugar, en muchos casos, esas pequeñas empresas son prolongaciones de empresas fabriles que sustituyen producción formal por informal pero que no añaden al producto global. En algunos casos la disminuyen al comerciar artícu-

VISIONES DEL CAPITALISMO

los de contrabando que destruyen la producción nacional. En sexto lugar, la mortandad de esas actividades es muy grande y predomina el fracaso de las iniciativas de pequeña inversión (Grompone 1985).

Por otro lado, el argumento que destaca la potencialidad de acumulación capitalista del "sector informal" tiene una imprecisión calculada para evitar un análisis detallado. La anécdota o la experiencia sirven para levantar una propuesta aparentemente abierta a todos los informales pero en realidad restringida a muy pocos y, conforme avanza el proceso de acumulación, proporcionalmente a cada vez menos. Desde el punto de vista de nuestra preocupación por la acumulación, es fundamental distinguir entre iniciativa privada, esto es, no pública, e iniciativa individual. Existen muchas formas de cooperación simple que escapan a la imagen del individuo aislado que ahorra e invierte. A su vez, la iniciativa individual solo en relativamente pocos casos se puede transformar en capitalista y, finalmente, en pocos casos la iniciativa capitalista se transforma en lugar estable de acumulación. El proceso de formación del capitalismo ha sido sobre todo el de destrucción de la propiedad privada de los muchos y su concentración de capital ya existe al interior del llamado sector informal.

Además, el enfoque microeconómico y legalista de los planteamientos más optimistas al respecto olvida el contexto en el que operan las actividades del mundo informal. El proteccionismo actualmente vigente para la industria fabril es también protección para la actividad en pequeña escala. Sea porque estas abastecen a aquella o sea porque el nivel de precios internos de muchos artículos está por encima del que tendrían de abrirse el mercado a las importaciones de confecciones, calzado, etc. del Sudeste asiático o de otros países subdesarrollados con más tradición, menores salarios y más capacidad de subsidiar exportaciones. La política de elevación de salarios en el sector formal es también decisiva para el dinamismo del informal y podríamos seguir estableciendo aspectos de la política económica que inciden en la actividad aparentemente independiente del empresario informal.

La independencia respecto del Estado no es, por ello, real y tampoco es equivalente a la existencia de una competitividad entendida como igualdad de oportunidades para invertir y convertirse en empresario. La tendencia a la concentración de capital no proviene de la acción del Estado. Es, por el contrario, resultado de la propia competencia, o sea de la derrota de algunos competidores y del triunfo de otros, de la necesidad de rebajar costos y de aumentar el capital, de la conveniencia del tamaño para adquirir poder extra-productivo aunque no necesariamente en conexión al sector público.

Por eso, las restricciones para la inversión productiva y la acumulación existentes en el sector informal urbano provienen en primer lugar de la naturaleza misma de la competencia capitalista y no de la presencia de las leyes del Estado. Esto no quiere decir que esa presencia no tenga importancia, simplemente en el Perú es difícil atribuirle la responsabilidad de frenar una actividad que, además, se presenta por algunos como pujante irrespectivamente

de tal presencia.

Sin embargo, esa pujanza está por demostrarse. Sorprende la reducida presencia de estudios sobre el proceso productivo mismo, sobre las conquistas tecnológicas logradas, sobre el crecimiento simultáneo en la absorción —pero productiva— de mano de obra, sobre, entonces, el descubrimiento de métodos de innovar tecnológicamente sin despedir trabajadores, sobre la invención de nuevos productos y servicios, sobre la derrota de empresas fabriles ante el impulso de la informalidad. Estos y otros elementos fueron decisivos en la revolución industrial.

Pero la revolución industrial ocurrió al interior de economías protegidas por el Estado de la competencia externa y, en muchos casos importantes, junto a Estados que recurrieron al saqueo de territorios de ultramar para obtener materia prima y alimentos abundantes y baratos. La experiencia de Inglaterra no es típica en el aspecto de la protección por ser la primera pero fue norma de casi todos los países que la siguieron en el desarrollo capitalista recurrir a una protección de los mercados ya ampliados por la destrucción de la fragmentación feudal. El punto de vista liberal olvida demasiado fácilmente el contexto dentro del cual emergió la industria capitalista.

6. *CAPITALISMO PERUANO Y CAPITALISMO MUNDIAL*

La relación entre el capitalismo peruano y el mundial puede ser vista de acuerdo a dos grandes perspectivas de la economía. En una de ellas, el capitalismo a nivel mundial es una sola entidad que traspasa los países. En otra, el capitalismo mundial está compuesto de capitalismos nacionales que compiten entre ellos. Esta última visión favorece a su vez la definición del capitalismo en el Perú como capitalismo nacional. En la primera, por el contrario, el capitalismo en el Perú es una pieza que adquiere personalidad como parte de un edificio mundial y no como versión reducida y en maduración de dicho edificio (Iguñiz 1983a; Iguñiz y Távara 1986).

En la visión transnacional del capitalismo mundial los agentes son las empresas y la competencia es de costos y precios y de creación de nuevas pautas de producción y consumo; en la visión internacional los agentes son los estados y la competencia incluye más decisiva y abiertamente la presión política. Las empresas en este caso son representación de Estados tanto como entes productivos apolíticos. El origen nacional es parte indesligable de su personalidad.

La discusión sobre la dependencia cuestionó ante todo la existencia de una burguesía nacional capaz de constituirse en un foco de desarrollo capitalista autónomo. La dependencia tecnológica fue puesta de relieve con gran fuerza y se recogieron elementos de otras perspectivas que habían llamado la atención sobre la imitación de pautas de consumo.

Conforme se pasa del centro del capitalismo hacia la periferia de la economía capitalista, la separación Estado-Sociedad es menor porque la base eco-

VISIONES DEL CAPITALISMO

nómica de esta no tiene autonomía respecto del Estado y depende de las condiciones de mayor o menor autonomía que este crea frente al exterior. En países como el Perú es natural que se acepte una visión transnacional del capitalismo mundial porque el Estado ha manifestado una muy reducida vocación de liderazgo y, más bien, ha estado subordinado a la oligarquía y al capital extranjero (Cotler 1978, Thorp y Bertram 1985).

Sin embargo, hay que distinguir entre la transnacionalización de las economías semi-industrializadas y la de los países sin Estado e incluso sin moneda nacional. Existe una discontinuidad en la relación Estado-Sociedad conforme avanzamos del centro del sistema mundial hacia su periferia. En algún momento, por el medio de esa trayectoria, el Estado adquiere un mayor perfil, la voluntad nacional resulta relevante para determinar el curso de la economía y de su inserción en la división internacional del trabajo. El capitalismo, con gran presencia del Estado, forja la nación y, por el mismo proceso, se transnacionaliza. No estamos ya definitivamente en el proceso de desarrollo del Estado y la nación propio de la destrucción de la feudalidad y de los primeros pasos del capitalismo. Ni el origen es el mismo ni el destino será una economía capitalista nacional. La economía peruana se encontraría en pleno proceso de industrialización antes de lograr la conformación de la nación y del estado nacional. De ser así, la industrialización del país todavía requerirá una importante acción del Estado y éste tendrá que desarrollar una política disociativa respecto del mercado mundial.

Hemos sostenido anteriormente la hipótesis de que desarrollo capitalista y dependencia están directamente relacionados (Iguñiz y Távora 1986). La idea puede resumirse recordando que la fuerza centrípeta es mayor cuanto más cerca esté el objeto en rotación respecto del núcleo. La consecuencia de política de esta sugerencia interpretativa es que a mayor subdesarrollo, mayor facilidad para "cambiar de órbita" o para salirse de ese sistema planetario. La lejanía respecto del centro también posibilita un curso divergente o un orbitaje fluctuante. La cercanía parece estar asociada a un proceso de convergencia en el desarrollo (Baumol 1986). Un desarrollo creciente o una inestabilidad permanente en la política del Estado son más factibles cuanto más periférico se sea, o para decirlo más paradójicamente, cuanto más independiente. Entre el país más periférico, donde el carácter nacional tiene pocos elementos económicos, y el plenamente desarrollado, en que se pierden los márgenes de autonomía adquiridos, habría una zona o época intermedia en la que se ensaya conscientemente un cambio definitivo de órbita y una reinserción distinta. Quizá hay que precisar un poco más lo sugerido. La relación directa entre desarrollo y dependencia que hemos sugerido no es lineal. El desarrollo capitalista pasa por un período de desarrollo disociativo (Senghaas 1985) en el que se conquista una cierta autonomía nacional respecto de las tendencias transnacionalizantes. Pero el éxito en el desarrollo lleva a una nueva inserción y a una transnacionalización nueva y distinta de la que resulta evidente en los países menos desarrollados. Cuanto más atrasada la economía que se propone un

proyecto de desarrollo de autonomización y reinserción simultáneas más presencia parece tener la política y el Estado. El Perú en esta imagen del desarrollo requeriría tal disociación en un grado mayor pues como resultado de la crisis al parecer se está alejando del núcleo capitalista en un proceso de evidente subdesarrollo (García y Tokman 1985).

Habrían dos maneras más de elaborar teóricamente esta hipótesis sobre desarrollo y dependencia. La primera consiste en recordar que la menor organicidad de los distintos componentes de las economías peruana se debe a una "subdeterminación" (Rochabrún 1977) que también debe debilitar la densidad de los nexos con la economía mundial en su conjunto. A mayor desarrollo capitalista, mayor grado de determinación y, por lo tanto, mayor engarce tanto hacia dentro de la estructura productiva existente en el país como hacia los componentes de dicha estructura que se encuentran fuera del territorio nacional.

La otra manera, en realidad complementaria, de reflexionar el problema consiste en incorporar al análisis un rasgo fundamental pero muy olvidado de las relaciones entre los trabajadores y el proceso productivo. Conforme avanza el capitalismo, aumenta la separación entre el trabajador y los medios de producción. Esta separación pasa de ser formal a ser real. La separación pasa de ser jurídica como consecuencia de la apropiación de los medios de producción por alguien distinto que el trabajador, a ser real, en el sentido cultural del término, esto es, incapacitado culturalmente para dominarlos como persona y como clase. Lo relevante para nuestro tema es que esta subsunción conforme desarrolla el capitalismo reduce la capacidad de las clases subordinadas para enarbolar un proyecto de desarrollo independiente de la producción. El salto fundamental en este tránsito hacia mayores subsunciones del trabajador es el que ocurre al pasar de una sociedad rural a una urbano-industrial. Quizá por ello es que las sociedades que más han separado su ruta respecto de las sociedades capitalistas hayan sido muchas veces predominantemente rurales. Es más fácil liberar territorios y, en ellos, procesos productivos dominados por cualquier trabajador que liberar al servicio de una revolución empresas que operan con procesos fabriles de producción. De ese modo, si a mayor desarrollo del capitalismo existen más determinaciones que reducen los grados de libertad, en lo que a estrategias de desarrollo socioeconómico se refiere, y si una de ellas es la determinación que afecta a la clase asalariada haciéndola más dependiente conforme el progreso técnico avanza, nos encontramos con profundas razones para afirmar que a mayor desarrollo mayor dependencia. Una exploración más detenida de estas hipótesis es necesaria.

En ciertas perspectivas dependentistas la raíz del problema de los capitalismos nacionales estaba en el terreno de lo político. La independencia política nacional parecía condición no sólo necesaria sino también suficiente para lograr el desarrollo. El diagnóstico implícito en estos casos afirmaba que la razón del subdesarrollo estaba en la dominación externa y que existían fuerzas internas que con sólo ser liberadas podrían iniciar el despliegue de las poten-

VISIONES DEL CAPITALISMO

cialidades poseídas, pero reprimidas. En esta visión del problema, la imposición externa no habría mermado las potencialidades pre-existentes y, por lo tanto, no habría interiorizado la dificultad para desarrollarlas. Y al contrario, esa imposición no habría generado nuevas potencialidades. Esta visión tan poco dialéctica de la relación con el capitalismo transnacional no permite establecer una política que permita una relación positiva con el capital extranjero dentro de un proyecto de autonomización de la economía nacional. Por el contrario, la naturaleza simultáneamente creativa y destructiva del capital y el significado a la vez económico y político del capital extranjero obligan a una evaluación más compleja de los peligros y aportes que trae su presencia. Una imagen totalmente politicista que destaque lo extranjero o una economista que pretenda la sola existencia de los aspectos económicos son igualmente insuficientes para tomar decisiones. Del mismo modo respecto de las visiones que sólo ven el componente expoliador y no el potencial de desarrollo de las fuerzas productivas nacionales.

7. ESTADO Y DESARROLLO CAPITALISTA

La visión que se tiene del capitalismo peruano siempre ha estado relacionada al punto de vista sobre el carácter del Estado. ¿Es el Estado un factor de desarrollo? En los últimos treinta años la respuesta ha sido predominantemente positiva. El desarrollo empresarial peruano ha estado asociado a las políticas de protección del mercado interno y a otros incentivos al crecimiento. Además, el crecimiento de corto plazo ha estado generalmente asociado a la expansión del gasto público (Jiménez 1985).

El predominio señalado corresponde a una etapa del desarrollo peruano. Antes de mediados de los años 1950s, y en menor medida hasta mediados de la década siguiente, el Perú se caracterizó por un régimen económico excepcionalmente liberal (Thorp y Bertram, 1985).

Sin embargo, la opinión positiva sobre el rol desarrollista de la intervención estatal ha convivido con aquella que siempre vio con recelo, por decir lo menos, la presencia del Estado. La perspectiva liberal ha estado en retroceso hasta mediados de los años 1970 cuando recuperó una cierta iniciativa que duró hasta comienzos de la década siguiente. Desde 1982 se debilita nuevamente y desde el cambio de gobierno, en 1985, se impone con mayor fuerza la opción por un Estado intervencionista. En cada uno de estos vaivenes la noción de intervención es distinta pero siempre se ha enfrentado al esquema y al esquematismo liberal, que se mantiene bastante rígido.

Es necesario recordar que la perspectiva favorable a la protección estatal de la actividad empresarial capitalista ha tenido siempre una mayor vigencia práctica que teórica e ideológica. De ahí que no hayan pensadores fundamentales (y "eternos") que hayan sido proteccionistas. Las teorías fundamentales en economía corresponden a una visión del proceso económico que coloca en primer lugar, y como cimiento del resto, a la sociedad. El Estado viene teó-

ricamente, ya que no históricamente, después; vive de la sociedad. En este gran enfoque coinciden los clásicos, los neoclásicos y los marxistas. Sea como subsidiariedad o como superestructura, el Estado es visto como problema y peligro, en todo caso como consecuencia de las fuerzas motrices de la sociedad: la iniciativa privada y la acumulación de capital. Aun así, en todas las historias del desarrollo de los países hay períodos en los que predominan las tesis proteccionistas e intervencionistas. Se trata, como sabemos bien, de aquellos momentos en los que se inicia el desarrollo industrial tardíamente y es necesario postergar la competencia con los países más adelantados. Incluso aquellos países que se desarrollaron desde esquemas relativamente abiertos al mercado internacional tuvieron en la protección una herramienta fundamental (Senghaas 1985). *El problema para la teoría de la perspectiva intervencionista es que, por tener éxito práctico, perdió vigencia teórica.* El exitoso desarrollo industrial logrado hizo innecesaria la continuación de la intervención estatal y el dinamismo económico de la sociedad adquirió autonomía frente al Estado. Los marcos teóricos fundamentales volvieron a adquirir total predominancia y aquellos que hicieron esto posible paradójicamente negándolos, murieron.

La dependencia cultural de nuestro país hace que importemos la teoría que corresponde al capitalismo original Smithiano como si el desarrollo inglés hubiera sido la pauta de los demás países industrializados. Los propios países industrializados tienen interés comprobable en olvidarse de sus etapas disociativas de la economía mundial porque en la actualidad tienen superioridad competitiva, abren nuevos campos y aprovechan mejor todos los nuevos espacios económicos que se abran.

La distinción micro-macro es importante en esta recordación y, como veremos más adelante, también relevante para la discusión actual sobre el Estado en el Perú. La ofensiva Keynesiana tras la Gran Crisis implicó una legitimidad inaudita para la intervención estatal. Sin embargo, esa intervención era limitada a las condiciones contextuales de la actividad empresarial y no a la actividad misma. Lo nuevo era que el Estado adquiría legitimidad independientemente de la etapa de desarrollo capitalista en la que se encontraba determinado país. Ello le daba a la intervención la legitimidad de la universalidad que, a su vez, provenía de la universalidad capitalista de la crisis de los años 1930s. La conversión en nueva ortodoxia capitalista fue factible, porque la política macroeconómica no tocaba ni la teoría ni la práctica del ámbito que se empezó a llamar microeconómico. Ambos marcos teóricos se separaron y se supusieron el uno al otro sin lograr una conexión. Uno trataba sobre la semilla y el otro sobre el clima. El primero recogía su raigambre de la experiencia anti-estatista de la revolución industrial inglesa y tenía mayor desarrollo teórico, mayor rigor conceptual, mayor potencia ideológica. El segundo era necesario pero no bienvenido, más evidentemente político; tenía menos desarrollada su formulación axiomática y era más intuitivo y de ensamblaje de piezas. Además buscaba su justificación en las circunstancias históricas que le

VISIONES DEL CAPITALISMO

tocó vivir a la economía mundial tras la Gran Crisis y no como la microeconomía en las características esenciales y permanentes del homo economicus. En cuanto la economía buscaba y busca ser científica pareciéndose a las ciencias naturales, la ventaja de la microeconomía sobre la macroeconomía era obvia. Una concepción filosófica sobre la naturaleza del ser humano, fuertemente enraizada y a la ofensiva de Occidente, y ahora al parecer, en Oriente constituía y constituye fuente de certidumbres precientíficas, de convergencia con el sentido común popular ya formado por dicha concepción y, en consecuencia, de seguridad personal y de afirmación profesional.

Contra este enfoque de acuerdo al cual el todo resulta del juego de las partes, y espontáneamente, no se ha desarrollado un planteamiento alternativo que demuestre la necesidad que Keynes sugirió, esto es, la de controlar el todo para que las partes en su conflicto competitivo no se destruyan. La experiencia socialista y con ella la planificación no han demostrado capacidad de poner orden conciente en la economía y, a la vez, de mantener la vitalidad de las células individuales. El extraordinario récord en términos de la distribución del ingreso y del logro de adecuadas condiciones básicas de vida a niveles todavía atrasados en el desarrollo de las fuerzas productivas constituye suficiente motivo para mirar esas experiencias desde los países subdesarrollados pero no logra inspirar la imaginación de una manera universal. La legitimidad que otorga el constituirse en propuesta universal y en partir de una base filosófica propia no está presente en la opción socialista. En gran medida porque su mundo conceptual es todavía más negación que superación de la perspectiva que surge de la Ilustración.

Una expresión de ello es el lugar que ocupa el Estado en la teoría económica marxista. En El Capital de Marx está prácticamente ausente. En el fondo, la raíz más profunda del marxismo comparte, como señalamos arriba, el antiestatismo del pensamiento liberal. La sociedad en esa visión forma al Estado y lo forma en un sentido mucho más profundo que el de su sostenimiento económico. Esta visión básica de la relación Estado-Sociedad choca, sin embargo, con la experiencia histórica del socialismo y por ello, esta se queda sin un completo sustento filosófico, incluso marxista. Aparece por ello, y así se explicita, como tránsito hacia su opuesto: el comunismo o la desaparición del Estado. La teoría que sustenta la experiencia socialista tiene una explícita conciencia de transitoriedad histórica. Durante ese tránsito, el Estado asume responsabilidades macroeconómicas y microeconómicas actuando desde la planificación sobre el mercado y tratando de reducir al máximo el imperio de la arbitrariedad de este. La voluntad macroeconómica adquiere así su máxima expresión imponiéndose en gran medida a la voluntad microeconómica. Desde esta perspectiva el Estado forma una sociedad nueva y se convierte en la explícita condición de su existencia. El nuevo orden tiene como garante fundamental al Estado que evita el caos propio del mercado.

Desde la historia de los países subdesarrollados, se recoge la permanente renovación de la problemática Estado-Sociedad. El subdesarrollo económico

impide a la sociedad económica autonomizarse del Estado y hacerlo su dependiente. La acumulación ocurre en base a condiciones que el Estado debe imponer y de las cuales dependen los agentes microeconómicos. El conflicto liberal surge del intento de compatibilizar una presencia estatal suficiente como para regular favorablemente la competencia y una libertad empresarial que se apoye en la incuestionabilidad del derecho a la propiedad de medios de producción y a los resultados de la explotación capitalista. Quizá una mejor manera de formularlo sea señalar que el conflicto surge del intento de excluir al Estado de su rol protector siendo este imprescindible. La lucha antiestatista del liberalismo es por ello llena de concesiones prácticas a la presencia estatal. Sin embargo, es un movimiento permanente de avance y retroceso que logra triunfar al lograrse el desarrollo de las fuerzas productivas y la competitividad que permiten reducir de manera sustancial la intervención estatal y autonomizar la sociedad económica. Este proceso corresponde también con el propio de la perspectiva socialista. Se trataría de desarrollar en primer lugar las fuerzas productivas para, conforme se va logrando ese objetivo, reducir la presencia del Estado y desplegar las potencialidades de la libertad liberada del trabajo.

Lo anteriormente señalado resulta relevante porque las visiones del Estado en el Perú tienen un muy fuerte componente ideológico. La visión liberal, que tuvo su expresión más batalladora en Pedro Beltrán y los análisis más agudos en Rómulo Ferrero, postula un Estado subsidiario que realice aquello que, siendo necesario, no es posible de llevar a cabo por el sector privado. Este punto de vista tiene su base social en la sociedad oligárquica y en particular en el mundo de los exportadores de materias primas agrícolas y mineras. Este componente de la sociedad peruana era y es, en realidad, un componente de la sociedad mundial. El Estado era sostenido por ellos y la calidad de los recursos naturales permitía la venta en el mercado mundial sin apoyos fundamentales. La demanda mundial asegura la existencia de canales de comercialización prestos a surgir cuando sea necesario; las vinculaciones con empresas transnacionales contribuyen a lo mismo. En esta época la sociedad económica era claramente autónoma frente al Estado, tenía su propio mundo y requería del Estado para destruir las rebeliones populares que surgían desde el mundo gremial, político o indígena. La necesidad del Estado era militar.

Conforme se desarrolla la urbanización en base a los recursos del sector exportador, el Estado va adquiriendo mayor importancia política pues tiene que intermediar entre una sociedad nacional que requiere de servicios públicos, educación, etc. y que recoge una aspiración democrática en lo político. Además el camino político es uno de los abiertos al ascenso social y económico y a la capacidad de obtener recursos originados en el mundo agro-minero exportador. El cumplimiento del rol político del Estado exige a su vez una tarea redistributiva.

Cuando la urbanización da lugar a una industria dirigida a abastecer el mercado interno, el Estado tiene que asumir un rol económico protector de la

VISIONES DEL CAPITALISMO

naciente actividad económica. El sector a defender por el Estado cambia y la actividad exportadora tradicional pasa de ser objetivo a ser instrumento. Por otro lado, la actividad protegida no puede valerse por sí misma por un largo periodo. Su reducida competitividad le impide actuar en el mercado mundial y ello la hace dependiente de las divisas generadas en el sector primario. En esta situación el Estado tiene que atraer y gestionar la inversión directa extranjera. Como esta depende muchas veces de circunstancias que escapan a las legislaciones nacionales, y las presiones internas por divisas para la industria tienen su propio ritmo, el Estado tiene que asumir responsabilidades directas en el sector exportador. En épocas de escasez de inversión directa extranjera, la presión por divisas obliga a reducir al máximo posible la remisión de utilidades y, en general, la salida de divisas. En esas coyunturas de escasez, los requerimientos de divisas se convierten en impulso al nacionalismo y promueven la estatización de empresas extranjeras. El Estado continúa así desde la actividad empresarial directa el rol protector de la actividad empresarial privada orientada al abastecimiento del mercado interno. Las empresas estatales pueden operar de acuerdo a criterios diferentes a la rentabilidad por lo que pueden poner su funcionamiento al servicio de otros sectores empresariales sacrificando su capitalización. Se establece así una política de precios en favor de la industria privada que, aunque son superiores a los internacionales en ciertas industrias, están por debajo de los que permiten la reproducción ampliada de la empresa pública en base a su propia acumulación (FitzGerald 1981).

Este proceso de estatización de la economía empieza a forjar una burguesía estatal con intereses propios que defiende el proceso de acumulación estatal y que entra en conflicto con sus propios trabajadores, con la burguesía privada y con el rol proveedor de servicios del Estado. Las exigencias fiscales del Gobierno se contraponen a las de capitalización de las empresas públicas. Así, el Estado interioriza la estructura social capitalista y los conflictos que son propios a ella pero además recoge los reclamos de todos los sectores sociales que no pueden satisfacer sus necesidades fundamentales a partir de su propio trabajo y presionan por recibir los beneficios del gasto público. El Estado empresario que requiere acumular, el Estado que subsidia a la empresa privada por el sistema de precios y el Estado benefactor entran en conflicto y tiene que endeudarse con el sector privado. Si el Estado asumió responsabilidades productivas en actividades en crisis o con tecnología obsoleta, el conflicto del Estado con el sector empresarial y con los sectores populares es mucho mayor. Pero también es mayor el conflicto interno al propio Estado. El gasto en remuneraciones se hace difícil de cubrir, el presupuesto de defensa tiene que ser cuestionado, las obras públicas detenidas. De ese modo el Estado se encuentra confrontado a toda la sociedad tanto la extra-estatal como intra-estatal y la actividad de gobierno deviene en inevitablemente desgastante en lo político.

La debilidad de la base productiva nacional en un contexto de crisis

internacional y de consecuente deterioro de las exportaciones primarias se traduce en un creciente rol del Estado. Este rol se completa al tener que recurrirse al endeudamiento externo para reemplazar la debilidad exportadora. El conflicto se agudiza cuando a las exigencias antes mencionadas se añade el servicio de la deuda externa. Entonces el Estado entra en crisis en todos sus roles y abandona sus responsabilidades definidas de acuerdo a las circunstancias históricas y a las tradiciones del país.

En esta interpretación, plantear el problema como de exceso de Estado frente al sector privado o de invasión de funciones resulta absurdo. El punto de partida de ese proceso es justamente la incapacidad del sector privado para reproducirse sin protección estatal. Esa incapacidad se agrava en circunstancias de crisis internacional y del sector exportador. La ruptura de este proceso de estatización ocurre por circunstancias externas y/o internas a la economía nacional. Una recuperación de la economía mundial y del sector exportador puede volver a fortalecer al sector privado frente al Estado pero el elemento fundamental está en la capacidad productiva del sector empresarial capitalista privado. Mientras este no logre la capacidad para valerse por sí mismo, lo que equivale en la actual situación a competir internacionalmente, no logrará deshacerse de la protección del Estado y la injerencia estatal.

Debemos recordar que en la hipótesis de interpretación que hemos sintetizado, el cambio del rol del Estado, desde el rol político, el intermediador económico entre clases y sectores, el de deudor externo e interno, etc. depende de una dinámica económica de la que, por supuesto, no es totalmente independiente, pero que como norma no lidera autónomamente. La base material y el rol que está obligado a cumplir se le mueve al Estado tanto o más que el movimiento que él le logra otorgar a la economía. En cualquier caso, nuestra intención es plantear una relación compleja entre el Estado y la sociedad económica del país.

En esta época de transnacionalización, la autonomía de la sociedad frente al Estado implica la conversión de la economía en transnacional. Cuando se logre será quizá la autonomía frente a un Estado sin sociedad propia. Ya no será por lo tanto, una autonomía que surge de la capacidad de acumulación dentro de los marcos nacionales y que reduce al Estado a sus funciones políticas, jurídicas e ideológicas sino de la capacidad de la sociedad de escapar del país, de vivir indiferenciadamente en cualquier parte, de producir en otros lugares, de recurrir al derecho internacional para defenderse, de ser ciudadano universal. El Estado, en estas condiciones, tiene que ofrecer algo distinto de la protección del mercado. La presencia nacional en el mundo tiene que basarse en algo más profundo y dinámico que la autoridad para cerrar un mercado. De hecho, deben ser las condiciones culturales que posibilitan la creación permanente de capacidad científica y de creatividad las que constituyan sustento económico de una nación.

Pero la capacidad del Estado de dirigir la economía es cuestionable desde una experiencia más inmediata, desde la gestión del corto plazo, esto es,

VISIONES DEL CAPITALISMO

desde donde más capaz parece. Actualmente en el campo del análisis económico nacional coexisten diversas visiones del rol del Estado. Una de ellas es la del Estado "keynesiano" y supone implícita o explícitamente que el problema del capitalismo actual es de demanda y de corto plazo. Por razones muy diversas, e incluso divergentes, el asunto entre manos es la reactivación de la producción. Para efectos de este ensayo nos interesa destacar que en esta perspectiva sobre el Estado la preocupación sobre la calidad productiva de la oferta y la demanda tiende a ser secundaria. Por otro lado, se supone generalmente, si se sigue a Keynes, que existe una desmoralización del empresariado entendiéndolo por ella un pesimismo de corto y de largo plazo. El gasto público tiene por finalidad tanto la utilización de la capacidad instalada ociosa actual como el estímulo a la inversión en nueva capacidad. Este último aspecto quedaría en la versión convencional en manos de los propios empresarios. El Estado debe asegurar la continuidad del apoyo desde el lado de la demanda y por lo tanto, el no retorno a situaciones previas de recesión. El sector empresarial debe a su vez actuar con una racionalidad tal que no traduzca la nueva demanda en alzas de precios. Para ello, debe operar basándose en una relación más o menos establecida y fija entre precios y costos. En este caso, el Estado es libre para determinar la demanda.

Muchas veces la visión anterior se complementa con otro diagnóstico del problema y otra visión del Estado. Nos referimos al problema de la desarticulación productiva y a la dependencia de las importaciones resultantes. Este rasgo pone en cuestión la eficacia de la política keynesiana porque el impacto del mayor gasto público se traslada hacia el exterior en gran medida. El efecto multiplicador interno es reducido y, más bien, se genera un déficit de la balanza comercial. El capitalismo en este caso sería responsable de un problema de desequilibrio sectorial que impediría el crecimiento de los empresarios nacionales. Pero también se puede explicar el problema sin recurrir al carácter espontáneo y desarticulado del crecimiento capitalista. Basta con señalar que el problema de la desarticulación es, debido al tamaño de mercado, de escala de producción. La causa es, por tanto, relativamente neutra en lo social. El rol del Estado en ambas versiones es distinto. En una de ellas, emerge la necesidad del Estado que completa la estructura productiva, en la otra el Estado que extiende el mercado. En la primera, a su vez, el rol del Estado depende de la profundidad del problema de la desarticulación. Si se lo considera un asunto de desorden mercantil capitalista, el remedio va desde el incentivo selectivo hasta la planificación, desde el Estado orientador y guía de la expansión del sector capitalista. La presencia del Estado en esta reorientación necesaria depende del concepto que se tenga tanto de los empresarios como de la política económica. Una confianza en la voluntad inversora de los capitalistas reduce el rol del Estado a incentivar la inversión a partir de mecanismos generalmente tributarios. Una desconfianza mayor es la que da lugar a fórmulas como la concertación que han quedado establecidas en la Constitución y que, a su vez, admite diversas maneras de llevarse a cabo y diversos

grados de presencia estatal. También influye en la presencia reorientadora del Estado la confianza que se tenga en la eficacia de las señales emitidas desde el Estado, esto es, de la política económica. Al respecto, la relación entre políticas y resultados en el país no ha sido estudiada pero hay campo para dudar de la eficacia, por ejemplo, de los incentivos para la descentralización, o para sospechar que entre la estructura de incentivos de la Ley 13270 y la efectiva estructura industrial que surgió después no hay mucha relación. Si es que se desconfía de la potencialidad de la política económica, el Estado tiene que actuar desde instrumentos de intervención más directos y con mayor injerencia en la toma de decisiones al nivel microeconómico (Lowe, 1965).

Pero esa reducida potencialidad puede deberse a supuestos defectos en el marco institucional, por ejemplo, la existencia de racionalidad es microeconómicas diferentes y, por ello, respuestas diversas de los mismos estímulos. Esto es válido tanto para empresas privadas (capitalistas, cooperativas, comunidades, etc.) como para empresas públicas de diversos tipos o funciones. En todos estos casos, la naturaleza agregada de la política económica está en cuestión y la política económica adquiere una selectividad que ya la acerca a la planificación.

Además, la reducida eficacia de la política económica puede tener también como causa el dominio de factores de tipo político o social que alejan al empresario de su función económica. La tensión social nacional, la violencia, etc. puede afectar decisivamente la eficacia de incentivos generados por el Estado. En este caso, las opciones extremas se presentan con mayor fuerza. Por un lado, el Estado puede reducir su rol al de la seguridad interna abandonando parte de su rol económico o, por otro, puede decidir asumir la responsabilidad productiva con la finalidad de operar o invertir aún en condiciones de gran inestabilidad socio-política. La persistente fuga de capitales o la renuencia a ahorrar e invertir en el país puede obligar a un rol más activo y directo del Estado.

Hemos señalado en acápites anteriores del presente ensayo la visión liberal del problema económico y la consecuente asignación de responsabilidades al Estado. En este caso, el rol fundamental del Estado es legalizar y legitimar las condiciones sociales, sobre todo en el mercado de trabajo, que posibiliten un grado superior de explotación del trabajo. El otro, tan o más importante, es garantizar, si es necesario por la fuerza, el derecho irrestricto a la propiedad de los medios de producción y a los resultados de la actividad económica. El problema histórico con este planteamiento es que corresponde, como hemos señalado antes, a una economía capitalista capaz de valerse por sí misma cosa que la experiencia nacional no permite aceptar.

Otra visión de la presencia del Estado en la economía es la que caracteriza el problema económico actual como derivado de un conflicto social entre las clases (Sanchez, Torres y Torres 1983). La inflación y la recesión se deberían en gran medida a la lucha de clases. Esta perspectiva neo-marxista coloca por delante el conflicto social y como resultado el crecimiento o decrecimen-

VISIONES DEL CAPITALISMO

to de la rentabilidad y de la producción. En estos casos, el rol del Estado debe lograr que las clases concerten entre sí y se disciplinen en sus demandas para resolver el problema de la inflación e iniciar el crecimiento de la producción. En general esta perspectiva parte de la distribución del ingreso para llegar a los problemas productivos.

La perspectiva marxista propiamente dicha introduce dos elementos particularmente importantes. Uno de ellos es, como se sabe, el diagnóstico de la crisis centrado en el proceso de elevación de la composición técnica y orgánica de capital con la consiguiente reducción de la rentabilidad del capital. En este caso no basta una política estatal keynesiana para que se enfrente este problema de manera eficaz. Es, por el contrario, la destrucción de capital obsoleto como parte de la propia crisis la que restaura la rentabilidad y permite el reinicio del proceso de acumulación. En la crisis actual, sin embargo, es común observar al Estado asumiendo la responsabilidad de destruir empresas obsoletas y de iniciar nuevas. La llamada reconversión industrial es, en realidad, una manera de enfrentar el problema de la rentabilidad de las actividades destinadas a desaparecer con la crisis tratando de amenguar el impacto sobre el desempleo.

El otro elemento es la distinción entre sectores productivos e improductivos en la economía. Desde el punto de vista marxista el sector Gobierno es, básicamente, improductivo. En cuanto tal, contribuye a reducir la capacidad de acumulación del sector privado pues reduce la rentabilidad efectiva del capital y el plusvalor disponible para la inversión capitalista. El gasto público puede reactivar la economía y elevar momentáneamente la rentabilidad empresarial pero a largo plazo reduce el potencial de acumulación capitalista. Desde esta perspectiva el Estado, si quiere aportar a la acumulación privada, debería reducir sus defensas, las finanzas y el comercio. El sector privado debería hacer lo mismo. Racionalizar estas actividades tanto dentro del propio sector público como en el sector privado es favorecer la rentabilidad del capital efectivamente productivo y el proceso de acumulación (Gonzales 1985). Esta política de racionalización evidentemente tendría que afectar al sector capitalista de los sectores improductivos pues la improductividad del gobierno es similar a la del sector financiero o comercial, por ejemplo. La racionalización es necesaria porque a pesar de ser improductivas, tales actividades son en gran medida necesarias. En la perspectiva marxista el que una actividad sea necesaria no equivale a calificarla como productiva. En esto, la discrepancia con el antiestatismo liberal es total aunque el resultado se asemeje.

En todos estos casos, el rol del Estado es diverso. En el Perú no hemos trabajado con seriedad científica la experiencia histórica de la relación Estado-sociedad económica. Las perspectivas adoptadas para hacerlo son, como hemos recordado, muy distintas y llevarían a conclusiones claramente opuestas.

BIBLIOGRAFIA

AMAT Y LEON, Carlos (1977)

La Economía de la Crisis. Fundación Friedrich Ebert-ILDIS, Lima.

BAUMOL, William (1986)

“Las Enseñanzas de las tendencias de la productividad a largo plazo”, en *Perspectivas Económicas*, Nº 51, pp. 78-83.

CABALLERO, José María (1981)

Economía Agraria de la Sierra Peruana. IEP, Lima.

CARBONETTO, Daniel (1985)

“El Sector Informal Urbano en los Países Andinos”. ILDIS-CEPESIU, Quito.

CLAVERIAS, Ricardo, VILLEGAS, Adán, SALAS, Bacilio y Pablo AGUILAR (1986)

“Sistema de Riego y Estrategias Productivas en las Economías Campesinas Andinas”, en *Allpanchis*, Año XVIII, Nº 27. Cusco.

COTLER, Julio (1978)

Clases, Estado y Nación en el Perú. IEP, Lima.

DE LA TORRE, Carlos y Manuel BURGA (ed.) (1986)

Andenes y Camellones en el Perú Andino: Historia, Presente y Futuro, CONCYTEC, Lima.

DURAND, Francisco (1982)

La Década Frustrada: los Industriales y el Poder en el Perú. DESCO, Lima.

FIGUEROA, Adolfo (1981)

Economía Campesina de la Sierra del Perú, Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima.

(1984)

“Crisis and Distribution in Peru: 1975-1980” en Niessen Hans Peter (ed.) *Toward Income Distribution Policies*, European Association of Development and Training Institutes, Tilburg.

(1985)

“Mercados de Trabajo Rurales en el Perú”, en *HISLA* Nº 4, Lima.

VISIONES DEL CAPITALISMO

(1986)

“Introducción”, en Figueroa, Adolfo y Javier Portocarrero (ed.) *Priorización y Desarrollo del Sector Agrario en el Perú*. PUC-EBERT, Lima.

(1986)

“Situación Actual del Agro en la Sierra”, en Figueroa y Portocarrero, op. cit.

FITZGERALD, E.V.K. (1981)

La Economía Política del Perú. IEP. Lima.

GARCIA, Norberto y Víctor TOKMAN (1985)

Acumulación, Empleo y Crisis. OIT-PREALC. Investigaciones sobre Empleo 25. Santiago.

GONZALES DE OLARTE, Efraín (1982)

Economías Regionales del Perú. Instituto de Estudios Peruanos. Lima.

GONZALES GOMEZ, Andrés (1985)

Economía Política de la Crisis: Las Contradicciones de la Acumulación en el Perú. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima.

GROMPONE, Romeo (1985)

Talleristas y Vendedores Ambulantes. DESCO. Lima.

IGUÍÑIZ, Javier (1978)

“Reflexiones Polémicas sobre dos Alternativas a la Situación Económica Actual”. EBERT-ILDIS. Lima.

(1979)

“Razones y Falacias de la Exportación No-Tradicional”, en *Análisis* Nº 7, Lima. En *Crisis y Fluctuaciones en la Economía Peruana 1950-1983*. Tarea. Segunda Edición, Lima, 1986.

(1983)

“Perú: Dinamismo Económico y Tensiones Sociales 1950-1983”, en *Defensa Nacional*, Nº 3, Lima, Octubre.

(1983a)

“Perspectivas y Opciones Frente a la Crisis”, en *Pensamiento Iberoamericano*, Nº 4, Madrid, Julio-Diciembre. En *Sistema Económico y Estrategia de Desarrollo*. Tarea, Tercera Edición. Lima, 1986.

(1983b)

“Sistema Económico, Estrategia de Desarrollo y Empleo”, en Henríquez, Narda y Javier Iguíñiz (ed.) *El Problema del Empleo en el Perú*, PUC-EBERT, Lima. En *Sistema Económico y Estrategia de Desarrollo*, Tarea, Tercera Edición, Lima, 1986.

(1984)

“Comercio Exterior, Conceptos, Experiencias y Opciones”, en Ferrero, Eduardo (ed.). *El Perú frente a las Nuevas Tendencias del Comercio Internacional*, CEPEI, Lima.

(1986)

“El proceso de Ajuste en el Perú, 1975-1984”, en *Coyuntura Económica*, Vol. XVI, Nº 1, Bogotá, Marzo. Publicaciones CISEPA, PUC, Serie Documentos de Trabajo, Nº 67, Marzo, 1986. En *Banca*, Vol. 5, Nº 15-16 Lima, Marzo-Julio 1986.

(1986a)

“Proyecto Nacional, Situación Económica y Políticas de Ingresos en el Perú”. Estudio para la OIT.

(1986b)

“Crisis Peruana Actual: Esquema para una Interpretación”, en Bonilla, Heraclio (ed.) *Las Crisis Económicas en la Historia del Perú*, CLAHES-EBERT, Lima.

(1986c)

Materiales para un Proyecto Económico. Tarea, Lima.

IGUÍÑIZ, Javier y José TAVARA

Crecimiento Económico y Restricción Externa. EBERT, Lima.

(1986)

“Reflexiones y Propuestas sobre la Industrialización en el Perú”. Publicaciones CISEPA, PUC, Serie Documentos de Trabajo Nº 70, Lima, Octubre.

ILD Instituto Libertad y Democracia

Informes publicados en diferentes números de la Revista *Caretas*.

JIMENEZ, Félix (1985)

“Perú: Inflación, Déficit Público, Desequilibrio Externo y Crecimiento Económico: Una Crítica al Enfoque Monetarista”. Mimeo.

VISIONES DEL CAPITALISMO

(1986)

Perú: Economía No-Neoclásica, Modelo de Acumulación, Crisis y Alternativa de Desarrollo No-Monetarista. CEDEP, Lima.

LITAN, Robert, MORALES BAYRO, Luis y Jorge FERNANDEZ BACA (1986)

“La Transformación de las Estructuras Legales en el Perú: Una Vía Promisoria para Escapar de la Crisis”, en *Revista de Desarrollo Económico*, Vol. 1, Nº 2, Washington, Segundo Semestre.

LOWE, Adolph (1965)

On Economic Knowledge, Harper & Row, New York.

LUDMAN, Patricia y Mariano VALDERRAMA (1979)

La Oligarquía Terrateniente Ayer y Hoy. PUC, Lima.

PREBISCH, Raúl (1981)

“La Periferia Latinoamericana en el Sistema Global del Capitalismo”, en *Revista de la CEPAL*, Nº 13, Abril.

QUIJANO, Aníbal (1972) (1977)

Imperialismo y “Marginalidad” en América Latina. Mosca Azul, Lima.

RAMOS, Claudio (1986)

“Evaluación y Rehabilitación de Camellones o ‘Kurus’ en Asillo”, en *Allpanchis*. Año XVIII, Nº 27, Cusco.

ROCHABRUN, Guillermo (1977)

“Apuntes para la Comprensión del Capitalismo en el Perú”, en *Análisis*, Nº 1, Lima.

SANCHEZ ALBAVERA, Fernando, TORRES ZORRILLA, Jorge y Raúl TORRES TRUJILLO (1983)

Inflación, Crisis Fiscal y Devaluación, DESCO, Lima.

SCHYDŁOWSKI, Daniel, HUNT, Shane y Jaime MEZZERA (1983)

La Promoción de Exportaciones No-Tradicionales en el Perú, ADEX, Lima.

SENGHAAS, Dieter (1985)

Aprender de Europa, Alfa, Barcelona.

SULMONT, Denis (1979)

Historia del Movimiento Obrero Peruano (1890-1977). TAREA, Lima.

Javier Iguíñiz E.

THORP, Rosemary y Geoffrey BERTRAM (1985)

Perú 1890-1977: Crecimiento y Políticas en una Economía Abierta.
Mosca Azul - Ebert-CIUP, Lima.

VALDERRAMA, Ricardo y Carmen ESCALANTE (1986)

“Sistema de Riego y Organización Social en el Valle del Colca. Caso Ganque”, en *Allpanchis*, Año XVIII, Nº 27, Cusco.

VEGA-CENTENO, Máximo (1983)

Crecimiento, Industrialización y Cambio Técnico, Perú 1955-1980,
PUC, Lima.

VERDERA, Francisco (1985)

La Migración a Lima entre 1972 y 1985: Anotaciones desde una Perspectiva Económica, Ebert, Lima.

YEPEZ, Isabel y Jorge BERNEDO (1985)

La Sindicalización en el Perú, Ebert-PUC, Lima.

WICHT, Juan Julio (1983)

El Empleo en el Perú. CIUP, Lima.